

OPINAN LOS ESCRITORES

¡HACIA LOS ADENTROS!

En los años ochenta, una vez incluidas las campañas de juventud, desmanteladas la siderurgia y las ideologías industriales, desmoronados los muros de la patria mía, sustituimos la tarea colectiva



Eduardo Alonso.

por el encargo íntimo, los símbolos por los modales, los traumas por los síndromes, el panfleto por el catálogo, el dogma por el eslogan, las barbas revolucionarias por la loción antiarrugas y las consignas por la incerti-

dumbre. Así que la mirada se abisma ahora en el almarío de la intimidad, rodeada de cables, teletextos, vídeos, parabólicas y pensamiento débil.

La novela española es el mejor testimonio de esa mutación. Liviana, no muy extensa, bien acabada, con marca de la casa (editorial) y etiqueta de autor, con fecha de caducidad, prescinde de la realidad objetiva: ni droga, ni paro, ni terrorismo, ni trujimanes políticos, ni especulación, ni caos urbano ni hoguera de las vanidades, ni Madrid ni Valencia, ni Rentería, sino París, Venecia, Oxford, Marrakech, Berlín —Praga se va a llevar mucho—, lugares donde los amores son fugaces, el dolor y el placer son sensaciones efímeras e internacionales, la convalecencia es casi un desti-

no, la infancia y los recuerdos son inolvidables sin saber por qué, y los sueños quebradizos y las pequeñas aventuras consuelan de tanto pragmatismo y vago malestar. ¡Hacia los adentros!, como decía Unamuno, pero sin metablemas ni acaloramientos ni paradojas, narrando la épica de los tipos inseguros, contradictorios, y moderadamente sentimentales. Se cuenta en primera persona, el tono es lírico, y la ficción y la escritura son placebos. Los más jóvenes novelistas, que escriben muy bien, parecen más libres de las decepciones de fondo, pero comparten la convicción común de que la literatura redime, en el mejor de los casos, literariamente, o sea, ensimismando.

Eduardo ALONSO

Leer, nº extraordinario, junio 1990, pág. 47
Cinco años de narrativa española, 1885—1990